

5.275 (Piperini)

Lecturas Católicas "DON BOSCO"

R. UGUCCIONI

# Un MISIONERO de 3 CONTINENTES



DON RAFFAELE PIPEARN

SALESIANO  
PALESTINA

FEBRERO 1953

Núm. 108



LECTURAS CATOLICAS "DON BOSCO"

---

Un Misionero de tres  
Continentes

EL PADRE RAFAEL PIPERNI  
SALESIANO

R. UGUCCIONI

TRADUCCION DE  
JORGE DU BREUIL.



---

EDICIONES SALESIANAS

---

---

( CON LICENCIA ECLESIASTICA )

---

---



El Padre RAFAEL PIPERNI.  
Salesiano.



## ALBA MENSAJERA

Una oleada de luz sonora se difundió por la ciudad de San Francisco en California, desde el amanecer del día 24 de Mayo de 1927.

Aquella oleada cristalina y alegre, en la metrópoli del Pacífico, sumergida aún en el sueño a lo largo de su encantadora bahía, hizo rebosar el corazón de los numerosos italianos que, encariñados con la monumental iglesia de San Pedro y San Pablo, su parroquia, escuchaban en el sonoro himno que brotaba de lo alto del campanario, el "debut" de las veinte campanas tubulares nuevas que por vez primera anunciaban a la población la gran solemnidad de aquel día.

Era la fiesta de María Auxiliadora, la Reina de las obras de Don Bosco, y aquella fecha, dedicada a los más íntimos afectos, había sido escogida para celebrar la Misa de diamante del venerado párroco de la "Catedral de los Italianos", el octogenario padre Rafael Piperni, hijo de Don Bosco, quien, misionero de tres continentes, coronaba la admirable epopeya de un apostolado en aquel templo monumental, erigido por su intrépida fe, subiendo al altar para ofrecer el sacrificio de la Misa jubilar al cumplir sesenta años de fecundo sacerdocio.

Desde el campanario se entonaba, en la argentina voz de las nuevas campanas, el himno coral de millares de almas, y bajaba a ceñir, cual alada corona de flores, la venerada canicie del sacerdote a quien ya conocía y amaba San Francisco entera. Sesenta eran los componentes del pequeño clero, feliz evocación de los años transcurridos, que precedían al festejado, el cual, con la majestad de los sagrados ornamentos, al lado del Arzobispo, circundado por la flor y nata de la sociedad y de la iglesia en la metrópoli, entraba en su iglesia que retumbaba por la música y el entusiasmo.

Le seguían cuatro sacerdotes salesianos que festejaban en la misma circunstancia su jubileo de

plata y representaban a cuatro naciones distintas: el padre Roberto Wieczorek, polaco; el padre José Galli, italiano; el padre Alfredo Pauc, francés y el padre Tomás Dechars, irlandés.

"¡Gloria a Dios!" cantaban las campanas  
"¡Gloria a Dios!" cantaban las almas. Gloria a Dios que ha querido conceder a su fiel operario el consuelo de tocar ya desde aquí abajo la meta de sus prolongados anhelos. Y entre lágrimas que regaban el rostro del venerable anciano, una palabra retornaba con frecuencia a sus labios, mientras se desarrollaba el solemne rito litúrgico: **Nunc dimittis!** ¡Ahora, Señor, deja ya que tu siervo cierre los ojos a la tierra, porque ha visto el bien que tú me has ayudado a realizar hasta esta consoladora conclusión.

### Cortejo de recuerdos.

Acabados los festejos religiosos y civiles de aquella radiosa jornada, cuando el anciano, en el recogimiento de su soledad, estuvo en grado de abandonarse a los coloquios consigo mismo, acudió a su memoria un cortejo de recuerdos, variado, movido, fascinante como una sinfonía, lo envolvió y condujo de nuevo a su fantasía por las

soleadas calles de los tres continentes donde él, durante sesenta años, había prodigado sus mejores energías.

Es propio del crepúsculo de la vida aquel fenómeno de presbicia mnemónica que aviva con inexplicable lucidez los sucesos más lejanos, a la vez que escapan a la memoria los más recientes.

Y ve el padre destacarse nítido sobre el horizonte lejano su pueblo natal. Casacalenda, un grupo de casas anidadas en aquella montañosa región de la Italia Central que en aquel tiempo se llamaba "Molise". En la atmósfera de perla de aquella evocación, cobran vida imágenes queridas de personas y cosas. La casa natal, con sus particulares tan conocidos y queridos de hace sesenta años, los rostros sonrientes de sus padres, la faz adusta de su tío sacerdote, el padre Miguel, que fuera primer maestro del futuro apóstol.

Y ve la iglesia adonde él, bautizado el día mismo de su nacimiento, 25 de julio de 1842, solía acudir, avisado y diligente rapaz, al primer toque de las campanas, para ayudar la Sta. misa. Después la primera separación de aquellos queridos lugares para dirigirse al seminario de Larion, las dulces emociones probadas cuando sus paisanos volvieron a verlo, vestido ya con la librea del

sacerdote, y por fin el festivo repiquetear de las campanas el día de su primera Misa ¡6 de abril de 1867!

### El que da.

¡El Sacerdocio! Vértice sublime de la vida de un hombre! El padre Rafael comprende que, si su vida hasta aquel día ha consistido para él en un continuo acto de recibir, desde ese momento debe dar continuamente. Y comienza de inmediato a prodigar los recursos de su inteligencia: los más sensibles e inmediatos de su exuberante espíritu. Distribuye por varios años en las escuelas de su pueblo natal su prodigo entusiasmo por comunicar a los niños el gran don de la ciencia. Son los niños la aurora del porvenir y la ignorancia es la gran enemiga del bien. Sin embargo, ¡cuántos adultos descubren al joven sacerdote, las llagas de una ignorancia inculpable, dirigiéndose a él con el deseo de recibir aquel pan que él desmenuza con generosidad para los niños de las escuelas municipales! También ellos tienen un derecho que para el joven sacerdote se trueca en deber. Y abre una escuela nocturna donde emplea las energías que aun le restan, después de los fatigosos trabajos del día en la escuela y en el ministerio sacerdotal. A cada rato

idea nuevos medios para difundir más la divina palabra, el apostolado de la prensa..... El trabajo crece, aumenta el número de sus discípulos adultos que corresponden con provecho a los trabajos del joven maestro, pero él no queda aún satisfecho. Su mirada se extiende más allá de los estrechos límites de su pueblo natal, su corazón calcula la necesidad inmensa del trabajo sacerdotal en medio de tantos millones de almas que esperan por el mundo la palabra de la verdad y siente imperioso en su espíritu el divino llamamiento a un radio de acción más amplio. *Duc in altum!*

Y un día, por fin, se decide. Abandonará de nuevo el pueblo natal para llamar a las puertas de un taller de..... apóstoles. Se le franquean dichas puertas, y entra en el Colegio Brignole Sale, de Génova, donde se forjan las almas de los sacerdotes generosos que aspiran a la noble misión de llevar el Evangelio más allá de los confines de la propia patria. Estamos en el año 1874. El padre Rafael Piperni se encuentra en el pleno vigor de su virilidad: 32 años.

### **El divino llamamiento.**

"El año de prueba había pasado felizmente, y yo esperaba de los superiores el modo de conocer

mi destino". Así escribió más tarde el padre Piperini, cuando, por obediencia, se dedicó a trazar en el papel las etapas de su largo camino apostólico.

El solemne mandato de Jesús: "**Euntes, docete omnes gentes**" estaba ya para fijarle su primer campo de trabajo, y la Providencia le mandó un ángel en la persona de un venerando misionero, que, salido de aquella misma fragua de apóstoles, a ella regresaba, al terminar aquel año, para tener el gusto de volver a contemplar, entre la conmoción de su espíritu, el Colegio donde había madurado su vocación, y al cual sentía la necesidad de confiar las ansias y las esperanzas de su gran corazón. Era el padre Antonio Belloni, fundador de la "Obra de la Sagrada Familia" en Belén, quien, en la tierra de Jesús libraba rudo combate para arrancar a las insidias de los protestantes a la pobre juventud, sobre todo la católica, abandonada por sus padres y amenazada por la miseria. Vasto y prometedor era el campo de apostolado, fascinante el programa, abundantes y preciosos los frutos de bien que se podían recoger, pero difícil el trabajo por falta de medios pecuniarios y escasez de obreros. El afligido llamado del apóstol abrió brecha en el corazón de los Superiores del Colegio, quienes pensaron en el ardiente sacerdote meridional, que en un año había dado pruebas excelentes de espí-

ritu misionero. El director lo llamó, le expuso con delicadeza el asunto y el padre Piperni sin vacilaciones, le dió un sí de corazón. Y pocos días después se presentaba al padre Belloni, diciéndole con entusiasmo a duras penas contenido: "Estoy con usted. Ordene y yo obedeceré".

El misionero debió comprender en seguida qué clase de obsequio le ofrecía Dios en aquel joven robusto y ardiente que con tal espontaneidad se le presentaba, y lo tomó por compañero de colecta para un viaje que pensó emprender a través de Francia con el fin de acercarse a los bienhechores que en aquella generosa nación, conocían ya su nascente obra, y de obtener de ellos los medios para pagar las deudas contraídas en la adquisición de una casa en Belén, muy apta para el fin de su misión. Una vez en París, propuso a su compañero que pasase el Canal de la Mancha para interesar a los católicos de Londres en la Obra de los niños abandonados de la tierra de Jesús. El lo esperaba en París, para desde allí emprender el viaje hacia el Oriente.

Tratándose de dirigirse a ambientes católicos para solicitar de ellos algunas ofertas, se requería la autorización de la autoridad eclesiástica local, y el cardenal Manning acogió al joven sacerdote

con gran benevolencia, pero, a fuer de buen inglés, se rehusó a otorgar las facultades pedidas sin tener la seguridad, por parte de la Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe, sobre la autenticidad de la misión que se le había expuesto. El padre Piperni se vió pues obligado a esperar algunas semanas que no pasó, sin embargo, ocioso. En la iglesia de los Italianos de Londres, encontró en el párroco de San Pedro, el doctor Faá de Bruno, una ayuda fraterna para traducir al inglés los artículos que habría de publicar en los diarios católicos, y el Cardenal, no bien recibió de Roma las pruebas solicitadas, no sólo concedió facultad para realizar la colecta por las iglesias de Londres, sino que añadió su primera y generosa oferta personal, a la cual siguieron otras, y la más abundante entre todas, la del duque de Norfolk.

La cuestación duró tres meses, la estancia en Londres permitió al padre Piperni recoger una suma no despreciable, si se considera la escasa experiencia del que pedía, tan novato en este arte de tal dificultad y delicadeza, sin mencionar su aún menguado conocimiento de la lengua inglesa.

En París encontró al padre Belloni, y con él se embarcó en Marsella, para el viaje de regreso.



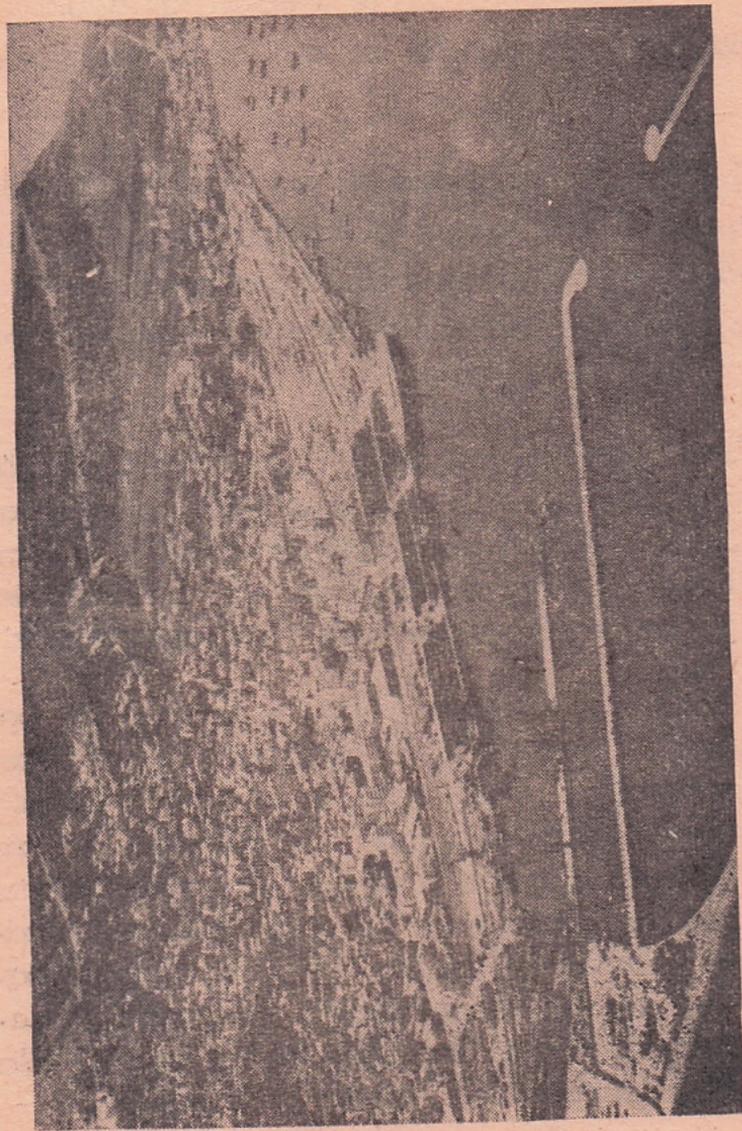
## LA OBRA DE LA SAGRADA FAMILIA.

El padre Piperni supo de los labios de su compañero la larga Odisea por que había pasado su Obra en Palestina.

El padre Belloni tenía a la sazón cuarenta y tres años, pues había nacido en Borgo S. Agata (Albenga) en el año de 1831. Después de haber frecuentado el Colegio Brignole Sale de Génova, siendo joven sacerdote, había sido enviado por la Congregación de la Propagación de la Fe, al Patriarcado Latino de Jerusalén, en el año de 1859.

Mons. Valerga, que contaba entonces un año de Patriarca, lo había destinado a su seminario, co-

mo profesor de Sagrada Escritura y director espiritual, pero el joven sacerdote, conmovido por el espectáculo de tantos pobres jovencitos víctimas de explotadores, ignorantes de la religión, pervertidos por gente viciosa e insidiados por las instituciones protestantes, había buscado el modo de socorrerlos un poco. Al principio valiéndose de las escasas posibilidades de su corto estipendio, comenzó a ocuparse de un niño abandonado, hijo de un pobre ciego, suministrándole alimento y vestido. Más tarde extendió su caridad a otros tres pobrecitos. Su colega el padre Bracco, que sucedió más tarde a Mons. Valerga, fué el primero que le proporcionó un módico subsidio. Entretanto consiguió trabajo para sus protegidos con un fabricante de rosarios, dándoles clase en los días festivos. Mas he aquí que se presentan las primeras dificultades venidas de parte de los Superiores, quienes lamentaban la molestia acarreada al Seminario por los niños y le prohibieron que los reuniese en aquel sagrado lugar. Entristecido por esta orden, topó con un quinto muchacho abandonado que había huído de los protestantes. Entonces se animó a alquilar, cerca del Seminario, una ca-



Puerto de Haifa ( moderno ) donde desembarcó el P. Piperni.

sita para albergar a sus huérfanos y la familia comenzó a crecer. Pero al par crecían las deudas y su conducta era objeto de opuestas apreciaciones.

El Patriarca, contrario al principio, acabó dispensándole su aprobación, acompañada de una módica ayuda. Tan autorizada protección, le ganó bienhechores, de suerte que un buen día resolvió fundar un orfanato.

Movido por este propósito, alquiló un local más adecuado; después, una vez que hubo tomado las precauciones para que estuvieran asistidos durante el tiempo que él debía pasar en el Seminario, llevó allí a sus huéspedes, que ya subían a diez.

Una obra que debía vivir de limosna no podía quedarse en un ángulo apartado, sino que tenía necesidad de un sitio que la pusiese a la vista y encontró el lugar adaptado en Belén, en una casa también de alquiler, a la cual transportó a sus pobrecitos, en número ya de doce. Allí, en el camino que llevaba al Pesebre, los peregrinos no pasarían sin dirigirle una mirada, conocerla y dejarle alguna limosna, acordándose tal vez de ella más tarde, después de regresar a la patria.

Aparte de la escuela, ocupaba a aquellos niños en la fabricación de rosarios: taller en embrión, al cual, con el tiempo, añadió el de zapatería, el de carpintería y un pequeño comercio para la venta de objetos de devoción.

Pero aquel ir y venir de Belén a Betziala y viceversa (ocho kilómetros por todo) no podía continuar. El Patriarca, que lo favorecía, lo dispensó del servicio en el Seminario, encargándolo de una capellanía que le permitió fijar su vivienda junto a su querido orfanato. Este entretanto, seguía ampliándose: en 1874 contaba 48 asilados. Año importante para la obra fué el de 1874, pues el padre Belloni, con vistas a fundar una Congregación diocesana que llevara por nombre el de "Hermanos de la Sagrada Familia", impuso, en la fiesta del Patrocinio de San José, el hábito religioso a los tres primeros aspirantes, escogidos entre los mismos asilados.

Más importante aún fué el año siguiente que marcó el encuentro del padre Belloni con quien debía convertirse en su más útil colaborador y dividir con él las ansias y las fatigas que el porvenir destinaba a la Obra de la Sagrada Familia. Fué en efecto el padre Piperni el sostén que le puso al

lado la Divina Providencia, con la generosidad de su fuerte temperamento y la fidelidad de su gran corazón.

### En la tierra de Jesús.

Arribaron al sagrado suelo de Palestina en Octubre de 1876. Bajaron en el puerto de Jafa y se encaminaron hacia Belén. Grande fué la conmoción del padre Piperni al respirar el aire del pueblo de Jesús, mas lo que en mayor grado llamó su atención en aquella oportunidad fué el entusiasmo que notó estallaba alrededor de la figura de su venerado compañero y padre, esperado con ansia afectuosa por millares de corazones.

Comenzando en el puerto de Jafa, por todo el camino hasta Jerusalén y Belén, todo fué una ininterrumpida demostración de corazones agradecidos. Todos lo saludaban con el nombre de padre de los huérfanos, con un entusiasmo que a veces parecía delirio.

Por el camino que va de Belén al orfanato, de las ventanas y terrazas bajaba una verdadera lluvia de pétalos de rosa y un solo grito resonaba en lengua árabe: "¡Viva el padre de los huérfanos!"



La tierra de Jesús sede de la obra de la Sagrada Familia.

El padre Piperni quedaba pasmado por todo esto, y sólo entonces se hizo una idea de las virtudes del padre Belloni, y del inmenso bien llevado a término por su Obra. En efecto aquella recepción no venía sólo de parte de los católicos: greco-cismáticos y musulmanes se unían a los aplausos generales de la ciudad. El padre Piperni conservó de este hecho un recuerdo imborrable y ya desde entonces se convenció de que el trabajo misionero, si bien se desarrolla entre espinas y lágrimas, tiene también, por bondad del Señor, sus días de sol y de consuelo, que sirven para animar y templar el pobre corazón humano, tan inclinado al desaliento y a la desesperación.

"Fué aquella la primera vez que yo veía a Belén, —escribe con candidez en sus memorias— la primera vez en que me puse en contacto con un hermoso número de muchachos recogidos en aquella casa de caridad y con maestros dedicados a su instrucción". Y vió además prolongarse aquel entusiasmo en conmovedoras manifestaciones que duraron todavía varios días después de la llegada.

Pobres padres de familia venían a besar las manos al padre de los huérfanos y a pedirle la gracia de que acogiera en el asilo a sus hijitos; jovencitos descalzos y mal vestidos se presentaban solos a pedir protección.

Pero, ¿dónde ponerlos? La casa estaba llena, y lo peor era la falta de dinero. Lo que se había recogido en el reciente viaje se había esfumado casi por completo en el pago de deudas atrasadas.

Era un espectáculo que movía a piedad, y el ardiente padre Rafael, que ya amaba la Obra con todo el entusiasmo de su generoso corazón, habría afrontado cualquier sacrificio con tal de verla desarrollada y ampliada. De día en día perfeccionaba sus conocimientos sobre las condiciones de Tierra Santa y notaba la nefasta obra de las sectas no católicas, que, disponiendo de inmensas sumas de dinero suministradas por las sociedades americanas, se apoderaban de la juventud pobre, recogiendo en sus asilos e institutos a jovencitos, sobre todo católicos, proporcionando a los más crecidos, trabajo, y ejercitando en los estudios o en las artes a los que no sabían trabajar.

### **Una importante decisión.**

Frente a estado tan triste de cosas, se imponían decisiones heroicas e inmediatas. Lo exigía la gloria de Dios y el miserable estado de la población católica de Palestina.

El santo Padre Belloni no cesaba de escribir a los bienhechores de Europa, pintándoles con vivos colores, mas sin exagerar, su crítica situación, y pidiendo con lenguaje humilde, pero lleno de ansiedad, su generosa ayuda para las obras apostólicas que él había emprendido. Ellos respondían, pero no en una medida proporcionada a la necesidad, pues las ofertas que llegaban se empleaban vez por vez en proveer a las necesidades diarias, sin poder contribuir al desarrollo de la obra.

“El padre Belloni —escribe el padre Piperni— tenía la gran virtud de poseer una ilimitada confianza en la Divina Providencia: oraba y hacía orar mucho a los jovencitos y con mucha frecuencia les hablaba de la bondad del Señor; más de una vez tomaba como argumento los beneficios recibidos; no le faltaban sin embargo, los días amargos; más de una vez lo sorprendí en su habitación, solo, recogido, con los ojos humedecidos por el llanto.

—“No tenemos medios, ¿qué haremos?..... ¿Volveremos a dejar en la calle a estos pobres hijos que la Providencia Divina nos ha mandado?.....” —Así me decía el buen padre, con voz entrecortada por el llanto.

“Era una tarde de Febrero de 1877, y precisamente en una de aquellas horas, en que, entre las duras pruebas de la vida, se asoma brillante el rayo consolador de la esperanza cristiana en el corazón de quien tiene fe en el Padre de la misericordia; me llama a su habitación, y, como si se tratase de un asunto ya discutido y convenido, me dice con voz resuelta: “Querido hermano: Es pues necesario que Ud. parta para la América. Me dice el corazón que de allá debe venirnos la ayuda. Cuando Ud. haya hecho conocer, por todos los medios que la Divina Providencia le inspira, las necesidades de nuestros queridos muchachos pobres de Tierra Santa, tendremos grandes bienhechores.....”. Aquel buen padre de los huérfanos me hablaba como inspirado.....

“Acepté gustosamente la propuesta, sin discusiones y objeciones de ninguna clase: sentía en mi corazón la convicción de que en realidad, con la ayuda de Dios, haría mucho bien; el padre Belloni sonrió con cordial complacencia. Se hicieron los preparativos del indefinido viaje; Mons. Bracco, el buen Patriarca de Jerusalén, lo aprobó de lleno: bendijo de corazón la resolución tomada y me dió recomendaciones para la Congregación de la Propagación de la Fe en Roma y calurosas presentaciones para América”.

¡Adiós! ¡Adiós!

“Celebré mi última Misa sobre el altar de la gruta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, imprimí aún un beso sobre aquel sagrado mármol, que, para transmitir a las generaciones la memoria del nacimiento de Jesús, tiene grabadas las palabras: “Aquí, de la Virgen María, nació Jesucristo”. Di un último abrazo al queridísimo padre de los huérfanos augurándome poder un día saludarlo cual padre de una más numerosa familia adoptiva, y, después de haber saludado a aquellos buenos jovencitos que ya amaba de corazón, tomé el camino de Nazaret, santuario que no había aún visitado y de allí seguí para el puerto de Jafa. Me embarqué, y pocas horas más tarde las playas de Tierra Santa se perdían a mi vista, sobre el horizonte azul del hermoso mar de Siria. A la vista de aquellos montes que se perdían en lontananza y de aquellas amadas tierras perfumadas de mirto, santificadas un día por los mil acontecimientos bíblicos y sobre todo, por la pasión y muerte del Salvador del mundo, espontánea me vino la palabra de un triste adiós. “Adiós, mi querida Belén, adiós!..... ¿Cuándo te volveré a ver? Estaba solo, y casi sin quererlo me abandoné a los pensamientos que sin conexión se sucedían en mi mente, re-

cuerdos queridos, gratas memorias, dulces esperanzas, tierras nuevas que visitar, temor de resultados inciertos, de peligros desconocidos, desilusiones, negativas, espejismos de una vida nueva que se me presentaba y que jamás había yo soñado: la de fraile mendicante por tierras cuyo idioma ignoraba..... Si alguno en aquel momento me hubiese preguntado: "A dónde vas?" Habría respondido: "No lo sé". "¿Por cuánto tiempo estarás alejado de Belén?" Habría dado la misma respuesta. ¿Quién me hubiera dicho que estaría alejado de ella por trece largos años?"





## EL MENDIGO DE TIERRA SANTA

Desembarcó en Nápoles, donde el vapor hacía escala, y resistiendo virilmente a la tentación de pasar por el pueblo natal, para una breve visita a los lugares y personas queridas, continuó su viaje hacia Roma.

No debió ser un sacrificio de poca importancia si se considera el apego a la familia de su sensibilísimo corazón, pero precisamente por esto que él juzgaba una debilidad peligrosa para su misión, se fortaleció en el propósito de evitar toda ocasión que hubiese podido atenuar en él el amor

por el apostolado y retrasar la urgente obra que los niños de Belén esperaban de él.

Casacalenda no debía volver a ver más a su glorioso hijo, desde cuando, como el discípulo de Cristo, había generosamente dejado el arado para seguir al Maestro sin volver la vista atrás.

Cincuenta años más tarde, cuando, en la lejana América, como corona de las grandiosas fiestas jubilares de su Misa de Oro, el Inspector Salesiano le ofrecerá el permiso de ir a celebrar el excepcional acontecimiento en la iglesia donde había celebrado su primera Misa, el viejo misionero, moviendo la cabeza y agradeciendo al Superior el gentil ofrecimiento, justificará su renuncia con el motivo que debió dominar su carácter cada vez que el corazón lo inducía a aquella visita.

—El Señor me ha concedido la vocación misionera y si regresase a casa me podría faltar la fuerza para dejar por segunda vez a mis seres queridos. ¡Fuerza de carácter y ternura de sentimiento!

¡A Roma por lo tanto!, donde urge ultimar las prácticas para iniciar, del otro lado del Océano, el humilde trabajo de mendigo de los niños de Belén.

## En la ciudad eterna.

En Roma, el Cardenal Franchi, Prefecto de la Congregación de la Propagación de la Fe, inspeccionadas las recomendaciones del Patriarca de Jerusalén, le acogió con suma benignidad y después de algunos días le dió cartas de presentación para los Obispos de América.

Aquellas recomendaciones, como supo después, en el curso de sus viajes, eran necesarias porque, en aquellos tiempos, la buena fe de los católicos de América había sido sorprendida y explotada por falsos recaudadores, y por eso la Santa Sede había enviado repetidas veces órdenes y severas circulares a los Obispos para que no recibiesen extranjeros en busca de limosnas para obras pías procedentes del Oriente, sin cartas especiales de la Congregación de la Propagación de la Fe. El cardenal Franchi, amaba la Obra del padre Belloni y no descuidaba oportunidad que se le ofreciese para ayudarla: la había reconocido digna de toda alabanza y la había alentado en los años anteriores con un decreto de plena aprobación. El mismo Santo Padre Pío IX, en particular audiencia concedida al padre Belloni en el otoño del año anterior, y precisamente cuando éste había llegado a Roma para dirigirse después al Colegio Brignole-Sale, de

Génova; había sacado de su escritorio una pequeña suma y, ofreciéndosela, le había dicho: —Tome, hijo mío, no tengo más que esto, pero bendigo de corazón a Ud., a su obra, a sus colaboradores y bienhechores. Aquella oferta no era una gran suma, pero riquísima en cambio, y sumamente fecunda era la bendición con la cual la acompañaba la Augusta Cabeza de la Iglesia. ¿Quién no se habría sentido animado a trabajar con espíritu de sacrificio por la Obra de Belén, cuando un Sumo Pontífice, y precisamente aquel Pontífice angélico, la honraba con su preciadísima simpatía?

### **Francia hospitalaria y generosa.**

Pronto dejó Roma para llegar a Francia. Desembarcó en Marsella y se dirigió a la ciudad de Pau, en los Bajos Pirineos. En aquella ciudad el párroco y las hermanas carmelitas, antiguos bienhechores de la Obra del Padre Belloni, habían sido ya prevenidos de su próxima llegada y del objeto de su viaje por las hermanas carmelitas de Belén. De modo que el Párroco, al verlo, le dijo en seguida: —Lo esperábamos, bienvenido sea; póngase en seguida a la obra, pues para vosotros los misioneros el tiempo es precioso. Ir a las familias, y pedir en estos días después de Pascua, no lo creo

oportuno: están cansados de hacer ofertas y además muchos han salido ya para el campo. Es mejor hacer un pequeño sermón sobre la caridad el domingo próximo después de las vísperas y quedará Ud. contento. Aceptó el consejo y no se arrepintió de ello. Los diarios católicos publicaron en seguida la noticia... Pero... predicar en Francia... por primera vez en su vida en el francés que había enseñado a los niños de Belén. ¡Era cosa temeraria! Y sin embargo no había otro camino, pues el pobre misionero no tenía ni siquiera el dinero para continuar su viaje. El padre Belloni, al separarse de él en Belén, le había dicho: —Querido hermano, aquí está lo necesario para llegar hasta Francia: para lo demás proveerá la Divina Providencia. Escribió el discurso en italiano, lo tradujo en francés a fuerza de hojear el diccionario, compañero inseparable de sus viajes, y helo aquí llegado al domingo. La iglesia estaba llena de gente. Acabadas las vísperas, el párroco y los vicepárrocos se sientan frente al púlpito según su costumbre y el orador comienza su sermón: Lo que faltaba de acento francés, de estilo y Gramática, lo suplía la convicción y el calor con que hablaba. El tema era: "La caridad para los pobres huérfanos de Belén..." Tocó la delicada fibra del amor y protección secular de los franceses para los san-

tos lugares . . . y el éxito fué espléndido, y aún raro, en ocasiones semejantes a juicio del párroco y de sus asistentes. Al pie del púlpito un monaguillo le presentó una bandeja para pasar por la iglesia recolectando. Después de dar la bendición con el Santísimo Sacramento y regresados todos a la sacristía se contaron más de trescientos francos. Y no acabó la cosa allí. Aquel buen párroco, después de haberle brindado en el curato con una bebida reconfortante, abrió su caja y sacando un envoltorio de papel, lo entregó al padre Piperni diciendo con una sonrisa de gentileza y complacencia propia de los franceses: "Aquí está, querido padre, mi oferta, y ruegue por mí." Por el camino andaba pensando el misionero en el contenido de aquel envoltorio misterioso, mas, ¡cuál no fué su sorpresa al abrirlo! ¡Veinticinco napoleones, es decir, quinientos francos! El padre Piperni no creía a sus ojos: pensó que el párroco había tomado un envoltorio por otro. Rehizo el camino y se volvió a presentar al donante para hacerle notar la equivocación. —¡No, dijo el buen sacerdote, todo está muy bien . . . Sus huerfanitos quedarán contentos—. Había que dar gracias al Señor, pues la misión no podía comenzar mejor.

## En la ciudad de María.

Pau no dista mucho de Lourdes. El presuroso mendigo de los huérfanos no quiso desperdiciar la ocasión que tan propicia se le ofrecía de llegarse hasta la ciudad de la Inmaculada para impetrar de la Virgen su maternal ayuda, de que tanta necesidad tenía. En Lourdes encontró un gentil hombre inglés que del protestantismo se había convertido al catolicismo y que le edificó con su piedad de neófito ferviente. Celebró la santa Misa en el Santuario; se alejó de aquellos lugares queridos y sugestivos para dirigirse hacia la Francia del Norte. Tenía los domicilios de los amigos de la Obra y quería visitarlos personalmente a todos para expresarles el reconocimiento de los niños de Palestina y animarlos a continuar dispensándoles el apoyo de la beneficencia cristiana.

## Una gira por el viejo mundo.

Dos meses de movimiento incansable. Pasó por Lila, Jourais, Valenciennes, Douai y Cambrai. Llegó a la frontera belga. La pasó para dirigirse a Tournai donde el canónico Verdure, uno de los más insignes benefactores del padre Belloni, publicaba

un boletín mensual en favor de su Obra, difundién-  
dolo por Bélgica, Holanda y Francia. De allí pasó  
a Bruselas y a Anversa, extendiendo por todas par-  
tes la mano en pro de los pobres huerfanitos de la  
patria de Jesús, y recibió algunas entradas que  
lo indujeron a pasar el Canal de la Mancha para  
regresar a Londres, donde, pocos años antes, ha-  
bía notado vivo interés por las misiones de Pa-  
lestina.

Allí encontró uno que le habló de la católica  
Irlanda y de la generosidad de sus habitantes; la  
Isla de los Santos le dispensó una buena acogida.  
El cardenal Cullen, arzobispo de Dublin, y el Obispo  
de Cork, le dieron las indicaciones y permisos del  
caso. Apoyado por las recomendaciones de la pren-  
sa católica fue a las puertas de la iglesia, a los  
mercados públicos y a tocar de casa en casa; así,  
en los ocho meses que estuvo en aquella católica  
Isla recabó casi quinientas libras esterlinas, que se  
apresuró a enviar a su venerado padre Belloni,  
junto con las ofertas recogidas en Francia. Fué de  
veras una lluvia providencial sobre un terreno  
agotado por la sequía.

Ya era tiempo de partir para América, donde  
la benéfica lluvia podría llegar a convertirse en una  
irrigación periódica, tan necesaria para el desarro-

llo de las tiernas plantitas brotadas en la Tierra de Jesús.

---

El padre Piperni, dejó la Isla de los Santos llevando en el corazón un recuerdo inedeleble de la fe heroica y de la piedad cristiana de aquel pueblo, y se embarcó para Canadá en el puerto de Queenstand, con el propósito de desembarcar en Quebec, capital de dicha nación.

### **Viaje borrascoso.**

Pero el viaje nada tuvo de agradable. El mar, al principio algo agitado, y después completamente borrascoso, hizo pasar al pobre padre Piperni horas de indescriptible malestar físico. Aunque avezado a los sufrimientos de la vida misionera, y a pesar de su voluntad férrea, comprendió que no podría continuar el viaje en aquellas condiciones. Por lo tanto desembarcó en San Juan de Terranova, pero también allí, no obstante ser tierra firme, se sintió peor que en el barco.

La notable altura de la región sobre el nivel del mar le ocasionaba dolores de cabeza tan agudos e insoportables que, después de dos días, se decidió a continuar el viaje, y, navegando por el majestuoso río San Lorenzo, puso finalmente pie en el Continente nuevo, desembarcando en Quebec.





## DEL OTRO LADO DEL ATLANTICO

Ya lo tenemos en el Canadá. El padre Piperni, que trae cartas de presentación para un sacerdote de la Curia de Quebec, quien conoce personalmente la Obra del padre Belloni, va a su encuentro. Palabras bonitas, estímulos y presentación del misionero al Arzobispo, el cual es sumamente cortés..... pero....., no cree conveniente concederle licencia para recolectar dinero, pues, según dice, las parroquias tienen ya numerosas colectas y no es del caso aumentar su peso.

No hay pues nada que hacer en Quebec. El padre Rafael prosigue su viaje y llega a Montreal. Aquí las cosas toman mejor cariz. El Arzobispo, examinadas las cartas de recomendación, le otorga su permiso para pedir en la ciudad y en la diócesis por seis meses.

Encuentra apoyo y cordial acogida entre los Sulpicianos que regentan en la ciudad, la hermosa iglesia de Notre-Dame, en la cual, por indicación del P. Picard, superior de aquella comunidad religiosa, comienza a dictar algunas conferencias en francés, teniendo por tema: "Tierra Santa" y "la caridad".

También pudo, por concesión directa del Arzobispo, predicar en la catedral, y después se fué animando y continuó predicando ya en francés y ya en inglés en las distintas iglesias, las más importantes de la ciudad, recogiendo, tras sus exhortaciones, abundantes limosnas. En los seis meses que pasó en Montreal recogió para la Obra de los huérfanos de Belén siete mil escudos.

Tras la calma.....

la tempestad.

Demasiado bien procedían las cosas para que pudiesen durar. Y en efecto, no bien dejó la generosa diócesis de Montreal, cambió el tiempo.

Estuvo en Toronto, Dubuque, Omaha, pero con resultado muy escaso. Los párrocos, empeñados, según decían, en obras locales, no le permitían pedir limosna en sus iglesias, ni siquiera predicar.

Tal vez su oposición tenía origen en cierto sentido de desconfianza que no se puede llamar injustificado del todo, si se piensa en lo que debía acaecer al Padre Piperni en Chicago, nada menos que en el mismo Arzobispado.

El curioso episodio no figura en la crónica escrita por el buen misionero, pero lo refieren algunos sacerdotes que fueron testigos del caso y que se ocuparon, y no poco, en remediar el equívoco que lo había ocasionado.

Uno de éstos era el padre Tomás Moreschini de los Servitas, fundador de la primera iglesia italiana dedicada a la Asunción de la Virgen situada en los confines del famoso Chicago-Loop.

En su casa encontró hospitalidad y ayuda el peregrino mendigo de los huérfanos de Tierra Santa, y en su compañía fué a visitar al arzobispo, Mons. Foley, para obtener de él las facultades necesarias.

El anciano prelado, no bien se enteró de la presencia del enviado de Palestina, se levantó de su asiento, y fulminando al forastero con amenazadora mirada le indicó con energía la puerta exclamando: ¡No se atreva Ud. a decir Misa, y abandone mi diócesis lo más pronto posible, de lo contrario lo haré arrestar!

Ante acogida tan extraña, el padre Piperni cambió de color. —¡Me pareció morir de un solo golpe!—, dijo en confianza más tarde a sus amigos, quienes se apresuraron a tomar la defensa del pobre padre, que en vano mostraba sus cartas de recomendación.

En vano, pues el prelado no quería dignarse ni examinarlas siquiera. Y en realidad no tenía él toda la culpa, pues, precisamente pocos días antes se le había presentado un impostor vestido de sacerdote y con un fajo de documentos autorizados, se ignora si falsos o auténticos, haciéndose pasar como un delegado de Palestina que solicitaba

la recolección de fondos en favor de los cristianos, víctimas del fanatismo turco en su propia patria.

A su tiempo fué desenmascarado aquel embaucador y puesto en prisión, pero el padre Piperni tuvo la mala suerte de ser tomado por aquel bribón, y no fué poco lo que debió trabajar entre sus amigos para quitarse la desconfianza del arzobispo, quien, por fin, cuando constató el error, otorgó al pobre misionero todas las facultades.

### **En San Francisco de California.**

El nombre de "Tierra del Oro" con que en aquellos días se enaltecía a California en todo el mundo, sedujo el corazón del mendigo de Tierra Santa, con la esperanza de encontrar allí abundantes ofertas para los huerfanitos de Belén.

Y ya lo encontramos en San Francisco en aquel lejano 1877. Ciertamente no podía el padre Piperni prever que veinte años más tarde, es decir, en 1897, regresaría a aquella ciudad para desempeñar allí su obra de pionero y fundador de la primera Obra salesiana.

No fué sin embargo muy alegre la primera acogida, si es que debemos creer en la sobria y hasta lacónica palabra de nuestro cronista.

“Era Arzobispo de San Francisco Mons. Alemany, dominico, de origen español. Presenté a la Curia mis documentos que fueron hallados interesantes y en regla; pero los Consejeros de la Curia, no estimaron oportuno concederme licencia para pedir, aduciendo por razón que ya se encontraba a tal fin en la ciudad otro misionero, el padre Borgazzi, proveniente de Hong Kong, quien recogía dinero para la obra de la Santa Infancia; es más, temerosos de que yo pidiese a pesar de no haberseme concedido la licencia, ni siquiera me dieron permiso para celebrar la Sta. Misa. Sea por causa del clima, sea a causa de aquella mortificación, el hecho es que caí en cama medio enfermo. Las hermanas de la Misericordia me recibieron en su Hospital de Santa María donde usaron conmigo de suma caridad, y cuando estaba ya convaleciente, Sor Russel, Superiora del Hospital y hermana de Lord Russel de Londres, acérrimo enemigo de la iglesia católica, me dijo: —Padre, celebre Ud. su misa: yo me hago cargo de las consecuencias ante el Arzobispo. — Jamás olvidaré aquella caridad tan exquisita. Hoy, que escribo a la distancia de treinta y seis años del hecho, queda un solo miembro vivo de los que componían el Consejo de aquella Curia, el Padre Juan Prendergast, ya muy anciano. ¿A quién se le habría entonces ocurrido que, veinte años más tarde (en el año 1897) la Providencia

me habría llamado a ser uno de los párrocos de la ciudad de San Francisco? En estas páginas debo pagar el tributo de mi agradecimiento a los Hermanos de la Doctrina Cristiana y de modo especial a su Superior el hermano Justino, hombre de gran fama en todos los Estados Unidos, quien a mi llegada a San Francisco me ofreció cortés hospitalidad en su colegio, que entonces se llamaba el colegio de Santa María en San Francisco, y hoy ha sido transferido para la ciudad de Oakland (Moraga).

### Triple prueba.

"Apenas restablecido, me encaminé hacia la diócesis de Marysville, hoy llamada "Sacramento". Al frente de ella estaba Mons. O'Connell: me hizo muy buena cara, me invitó a quedarme en el obispado anexo a la Catedral, pero siempre se mantuvo algo dudoso sobre la identidad de mi persona. Tomó en sus manos un libro que guardaba en un estante, y como por pasatiempo, daba vueltas a sus hojas. De repente se detiene, me llama y me dice: —¡Eh! Padre Piperni, ¿conoce Ud. esta litografía?

—Desde luego —respondo—. Esta es Belén: aquí está el campamento de la iglesia de la Natividad, aquí la casa del asilo y de la Sagrada Familia.....

—Perfectamente, mi querido Padre: ahora sí le doy el permiso para coleccionar en mi diócesis, advirtiéndole sin embargo, que ésta es pobre.....

¡Cosa extraña, pero cierta! Aquel libro era: **"Un viaje a Tierra Santa"**, con viñetas intercaladas entre las cuales se encontraba aquella, de Belén. Pobre de mí si no hubiese tenido nunca ocasión de ver aquella litografía mil veces bendita: creo que habría sido denunciado a la policía como impostor y enviado a la cárcel. Por otra parte que aquel buen Obispo me hacía tal pregunta con la intención de asegurarse sobre mi identidad, lo comprendía viendo que con su mano cubría la palabra "Belén" impresa debajo de la viñeta y rió después de corazón por su estrategia que había alcanzado éxito. Pero ni aun entonces cesó su desconfianza, y no quedó del todo convencido. A la mañana siguiente me llamó muy temprano a su habitación y me dijo: —Padre Piperni, querría escuchar Ud. mi confesión?

—Con mucho gusto, Monseñor.

—Muy bien, Padre, —me dijo después de la confesión— le doy facultad para ejercer el sagrado misterio, pues creo que usted irá por los campos de mi diócesis y hará algo de bien.

“Ni siquiera allí acabó todo. Estábamos en la semana de Pasión. El sábado por la mañana me llama y me dice: —Padre Piperni, ¿se siente Ud. capaz de cantar mañana, que es Domingo de Ramos, todo el “**Passio**” Ud. solo, pues aquí no hay quien sepa cantarlo y el pueblo jamás lo ha escuchado cantar?

—Con mucho gusto, Monseñor.

“Aquel mismo día hice llamar al organista (era una señora), le enseñé el modo de acompañarme en el órgano, en tono bajo, todo en pleno canto gregoriano. En aquella época, yo tenía una buena voz de tenor: el domingo todo salió a las mil maravillas. El hecho se hizo célebre. Aun hoy, después de treinta y seis años, el padre Grace, que entonces era el Rector de la catedral y hoy es Mons. Grace, obispo de Sacramento, siempre que me encuentra, no deja de recordarme el hecho”.

## Rapsodias.

Pasada la Pascua, recogió algunas ofertas en la ciudad y después se dedicó a recorrer los pueblecillos de la diócesis, predicando breves misiones. Se detuvo en Coluesa todo el mes de Mayo, y, en ausencia del párroco, ayudó a aquellos pocos católicos a honrar a la Madre de Dios con algunas prácticas piadosas: le tocaba hacer de todo: rezar el Rosario, tocar el armonium cantando las letanías, dar la bendición..... Acudían también algunos protestantes, y al fin del mes administró el santo bautismo a dos de ellos, un hombre y una mujer, tras haberlos instruído con toda regularidad. Dictó más tarde una conferencia pública sobre la Tierra Santa que le produjo algo más de doscientos cincuenta francos, es decir, unos cincuenta escudos. Se presentó después como cantor de romanzas, ejecutando, después de la conferencia, las dos hermosas piezas de Mons. Gagliero: **El Marinero** y **El Huerfanito** que fueron acogidas con grandes aplausos. Lo acompañaba al piano la señora Green, una piadosa católica, convertida del protestantismo.

Se dió empero cuenta de que habría recogido poco para la Obra de Belén si hubiera seguido viajando por las diócesis del oeste de los Estados Unidos. Decidió entonces retroceder, y en el viaje de

regreso se detuvo en San José Missouri y en San Luis, pero inútilmente. Se dirigió a Filadelfia y fué acogido por el misionero A. Isolari, antiguo alumno, también él, del colegio Grignole-Sale, párroco de la iglesia dedicada a los italianos, de Santa María Magdalena. Pasó allí el invierno con provecho de las almas y también de su bolsillo, si bien no tenía permiso oficial para pedir. Allí oyó hablar de la generosidad de los meridionales de Nueva Orleans y escribió al Arzobispo francés de nación, para anunciarle su llegada, pero al arribar encontró a la ciudad de luto por los funerales de Pío IX: en efecto, corría el mes de Febrero de 1878. Solemnísimos los funerales. Toda la ciudad tomó parte en el cortejo fúnebre; fué necesario predicar en las plazas y en distintos idiomas: inglés, francés y alemán; en la iglesia era imposible. Obtenida la licencia para colectar, el padre Piperni comenzó a publicar en los diarios católicos, artículos sobre las necesidades de la Obra de Belén y después predicó en varias iglesias, a veces en inglés, a veces en francés. El pueblo era generoso; el mes de Mayo prometía una buena recolecta, tanto espiritual como material, cuando un terrible y pavoroso acontecimiento cayó de repente, como un rayo, sobre la región. ¡La fiebre amarilla!



## "CHARITAS CHRISTI URGET NOS"

El padre Piperni se encontraba entonces en la iglesia de San Antonio de los italianos, sustituyendo, con el consentimiento del arzobispo, al párroco, que había partido para Italia con el fin de visitar a sus parientes.

La enfermedad atacó con particular violencia a los italianos. En el decurso de tres días el enfermo espiraba, y todos decían que en aquel año la enfermedad se presentaba con cariz de epidemia, tan espantosa como nunca hasta entonces se había registrado.

¿Podría el padre Piperni abandonar la parroquia, aunque no fuese suya, para ponerse en salvo?

Ni siquiera le pasó por la mente pensamiento tan egoísta e indigno. El era sacerdote, y sus pobres parroquianos, aunque todavía le eran desconocido, eran italianos. El misionero dejó a un lado el registro de sus colectas y se dedicó a la asistencia de los apestados, no pensando más que en el mejor modo de hacerse útil a aquellos pobres infelices, los cuales, en cuanto revelaban los primeros síntomas del mal, eran abandonados por sus parientes, presa de un loco terror de ser contagiados. El padre Piperni debía remediar aquel cruel aislamiento, haciéndose todo para todos, corriendo del uno al otro para llevar medicinas, y para prestar aun los más humildes servicios. Pero la gente moría y los demás huían con la ilusión de encontrar la salvación fuera de la ciudad. En vano, porque el cambio de temperatura favorecía en los prófugos la difusión de la enfermedad, y los pobres desgraciados, corrían al encuentro de la muerte, precisamente cuando creían alejarse de ella. En la ciudad los cadáveres eran amontonados sobre los carros como en los tiempos de las clásicas pestilencias históricas, y quemados en el cementerio de los pobres. El padre Piperni, que tan-

to cuidado se tomaba de los enfermos, no descuidaba a los muertos, y trabajaba por conseguir dinero para proveer a una digna sepultura de sus parroquianos. Días aquellos de febril actividad para él, en medio del terror que había cundido entre los ánimos y de la epidemia que tomaba mayor brío con los calores del verano.

Hacia los primeros días de Septiembre pareció que se calmaba. El misionero, esperando que ya la epidemia se encontraba en plena retirada, convidó a sus parroquianos a una solemne Misa de Requiem en sufragio de todos los difuntos. El día fijado para la celebración, la iglesia de San Antonio se encontró repleta de gente, pero la mayor parte eran americanos. Sus pobres italianos habían sido diezmados por la muerte.

### **"Pastor bonus".**

El buen pastor, dijo Jesús, da la vida por sus ovejas. El padre Piperni no dudó en exponer su vida por el bien de sus feligreses. La había ofrecido generosamente a Dios por la salvación de tantas pobres familias, pero Dios se la había conservado para no privar aquella desolada parroquia del único consuelo que le quedaba en tan terrible

situación. Mas, cuando parecía que cesaba la epidemia, he aquí al padre Piperni con sus síntomas en el campo mismo del trabajo. ¿Quería premiarlo el Señor, como a un soldado valiente en el campo de batalla?

Así se expresaba en su crónica el valiente misionero: "Era la mañana del 10 de Septiembre. Hacia las cinco viene el esposo de una moribunda a llamarme para que la atendiera; él se quedó en la puerta y al mirarlo le noté los síntomas de la enfermedad a él mismo. La temperatura había bajado; soplaban un viento helado. Administré a los dos enfermos los Santos Sacramentos; escribí su testamento, pues en tales circunstancias los sacerdotes tenían por ley la facultad de fungir como notarios. Regresé a casa con las señales de la enfermedad: puede decir Misa y ofrecer de nuevo mi vida al Señor. El malestar crecía. Había sonado mi hora. ¿Qué hacer? Corrí a la Curia, deposité en ella algunos centenares de escudos, rogando al secretario que, en caso de morir yo, los enviase a Belén, al P. Belloni.

"Una vez regresado a casa, recibí la visita del doctor, un francés que declaró grave mi estado: la fiebre era altísima. Recibí los santos Sacramentos. Ocho días de zozobra entre la vida y la muerte.

No me dolía el morir, sólo lamentaba el haber hecho demasiado poca cosa por la gloria de Dios y en pro de la Obra de Belén. En fin de cuentas la Divina Providencia me salvó. Tras dos meses de delicadísima convalecencia, cuando ya estaba pensando en regresar a Belén, por la llegada del párroco a quien yo había sustituido, una buena señora me aconsejó que me dirigiera a México. De aquella nación yo no conocía sino lo poquísimo que había aprendido en la Geografía en mis años juveniles. Aquella señora me pintó a México como una nación profundamente católica, un pueblo sumamente piadoso y generoso: en fin, tantas cosas bellas me dijo que me resolví a emprender aquel viaje: cinco días de mar. Al despedirme del Arzobispo Mons. Perché y del Vicario General, quisieron darme las gracias por el poco bien que había hecho y extenderme algunos documentos que me habrían podido ser útiles, junto con las otras recomendaciones, para proseguir bien mi obra en favor de los huérfanos de Belén".

**"Ut videant opera vestra bona".**

Reproducimos, traducido el texto de las dos declaraciones otorgadas al padre Piperni en latín.

### **ARZOBISPO DE NUEVA ORLEANS.**

"El suscrito da fe de que el reverendo Rafael Piperni, sacerdote dedicado a las Misiones de Tierra Santa y enviado por sus Superiores con la aprobación de la Santa Sede a recoger limosnas, ha permanecido en mi arquidiócesis por ocho meses, y durante todo este tiempo se ha mostrado ejemplar y de general edificación, y, al recrudecer la epidemia que ha devastado mi arquidiócesis, ha dado pruebas de un celo verdaderamente sacerdotal, demostrando una fortaleza de ánimo admirable en la asistencia a los enfermos; en fe de lo cual le expido con gusto la presente declaración con ocasión de la visita pastoral al barrio de San Martín el día 16 de Noviembre del año 7878.

N. Y. PERCHE, Arzobispo.

"Ponemos en conocimiento de cuantos han de leer este documento, que el reverendo padre Rafael



La Concepción donde el P. Piperni dijo sus primeras conferencias en español.

Piperni, sacerdote del Patriarcado de Jerusalén y vice-rector del orfanato de Belén, ha venido a América con la plena aprobación de su Ordinario y de la Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe, con el fin de recoger limosnas para su Orfanato, y certificamos además que el mismo reverendo padre Rafael Piperni, ha regido la parroquia italiana de San Antonio en esta ciudad de Nueva Orleans, por cinco meses, en ausencia del párroco, y entre la admiración general, con ardentísimo celo se preocupó, por todo el tiempo en que entre nosotros hizo estragos la epidemia de la fiebre amarilla, de la salud de las almas, visitando, día y noche, a los enfermos, suministrándoles los consuelos de la religión, sepultando a los muertos, consolando a los vivos y rezando por todos. Lo recomendamos vivamente a los Excmos. Sres. Obispos y a los Rvdos. Sres. Párrocos, a fin de que lo ayuden por todos los medios posibles en su noble propósito de caridad, no pudiendo hacer cosa más agradable a Dios y más útil para los huérfanos. En el palacio episcopal, el 13 de Octubre del 1878.

G. RAYMOND, Vicario General



La Profesa donde comulgó el P. Piperni.



## EN MEXICO .

Llegó a la ciudad de México, la vigilia de la fiesta de la Inmaculada Concepción, el 7 de Diciembre de 1878. Nunca había imaginado que se encontraría en una verdadera ciudad europea: palacios, teatros, iglesias magníficas, ferrovías urbanas, negocios de lujo, de última moda, enorme movimiento, escuelas, universidad....., fué una sorpresa para él. El día 8, fiesta de la Inmaculada, no tenía aún licencia para celebrar la Misa y asistió a ella en la iglesia "de la Profesa". Mezclado con el pueblo, recibió la Sagrada Comunión en la Misa de las siete, y notó que la distribuían dos sacerdotes, tan grande era el número de los que comulga-

ban: después se enteró que desde las cinco de la mañana había siempre dos sacerdotes dando la sagrada Comunión. En realidad, como tuvo ocasión de conocer más tarde, la fiesta de la Inmaculada es una de las más devotas para los mexicanos. Al día siguiente se presentó en el Palacio Arzobispal. Apenas anunciado al arzobispo, Mons. Labastida, fué introducido inmediatamente y acogido con un recibimiento paterno, cual si hubiese sido un antiguo amigo. El prelado, con dulce sonrisa, le dirigió la palabra en italiano y le hizo mil preguntas sobre el santuario de Belén, sobre los de Jerusalén, hablándole del Patriarca y de los canónigos del Santo Sepulcro así como de otros personajes. El había visitado los Sagrados Lugares algunos años antes y se complacía en traer a la memoria sus dulces impresiones. Hablaba bien el italiano, pues había vivido en Roma, donde estuvo desterrado por la revolución liberal en tiempos de la persecución contra la Iglesia.

—En cuanto a su colecta para la Obra de Belén, —le dijo— ha de saber que aquí la ley no permite que se vaya por las familias. Esto está prohibido, aprenda sin embargo el español y dedíquese a predicar: nuestro pueblo es sumamente generoso: hará sus colectas en la iglesia y no se arre-

pentirá. Recogerá mucho. — Aquella fué una verdadera profecía.

Los primeros amigos que conoció fueron los Padres Lazaristas que estaban al frente de la hermosa iglesia de San Lorenzo. Allí celebraba el padre Piperni, dedicándose febrilmente a estudiar la lengua. Entretanto preparó un discurso en italiano. La Providencia hizo que encontrara a un abogado, cierto don Manuel García Aguirre que en un tiempo había sido ministro del desgraciado emperador Maximiliano. Era un católico a toda prueba y entendía bien el italiano, pues había estado en Roma como embajador ante la Santa Sede. A él se dirigió suplicándole tradujese al español su sermón. Con gusto aceptó aquél, y al día siguiente el discurso estaba a la orden. Los buenos padres Lazaristas le ofrecieron entretanto su iglesia para el primer sermón, lo cual fué un gran favor, pues le apremiaba recoger pronto alguna suma para enviarla al padre Belloni. Se dió aviso al público por medio de los diarios y se colocaron avisos a la puerta de las iglesias, anunciando para el siguiente domingo, uno de los del mes de enero de 1879, la conferencia en favor de los huérfanos de Belén. Todo el día el pobre debutante no hizo más que repetir su primer sermón, y éste tuvo un éxito inesperado en pro de la Obra de Belén. En efecto, ya

desde las tres de la tarde, la iglesia estaba repleta de gente. Llegada la hora, sube el orador al púlpito. Habló de la caridad en general; cuando se puso a describir con vivos colores y en conmovedora descripción la suerte de un huérfano abandonado, sintió que se había ganado el corazón de sus oyentes, vió a éstos conmovidos, y dió por ello gracias al Señor desde su interior. Avisó después a aquel buen pueblo que quienes quisieran entregarle sus ofertas, se presentasen a la iglesia en los dos días siguientes, pues tal era la orden del Arzobispo. En dos días recogió más de quinientos pesos. ¿Cómo habría podido llegar a recoger tanto en sólo dos días, yendo de casa en casa? Las disposiciones que el Sr. Arzobispo le había dado, habían sido en realidad providenciales. En aquella iglesia repitió su sermón siempre con más fervor y siempre con más abundante fruto. El idioma se le iba volviendo familiar, de modo que hubo un párroco, el de Tenancingo, pueblo situado a pocas millas de México, que lo invitó a predicar en su parroquia una Misión de una semana.

**"Da mihi animas.....!"**

Aceptó, y fué aquel el principio de su verdadera vida de misionero en la República Mexicana. Iba

ticando siempre el mismo sistema. Antes de cerrar la misión en un pueblo, se ponía de acuerdo, por carta, con otro párroco; éste preparaba al pueblo avisándole en la iglesia el domingo anterior y el padre Piperni llegaba al siguiente sábado. En muchísimos lugares el pueblo iba al encuentro del misionero afuera del pueblo en muchedumbre tan grande que procesionalmente se iba directamente a la iglesia, entre el repique de las campanas y sin más se abría la misión. El efecto obtenido sobre aquellas almas tan bien dispuestas a recibir la palabra de Dios, era admirable. La misión duraba de ocho a quince días: por lo general, diez. Era tan grande la concurrencia, que en la iglesia se encontraban apretadísimos. Por lo común el primer sermón era a las cinco o seis de la mañana, el segundo a las siete o las ocho de la noche. Las confesiones muy numerosos. Aquellos buenos cristianos, ya desde las cuatro o cinco de la mañana se encontraban a la puerta de la iglesia esperando que se abriese para correr a tomar puesto en el conde pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, practefonario. Y no acudían sólo los del pueblo donde se predicaba la misión, sino que venían desde lejos de los pueblos, la mayor parte de las veces a pie, quedándose en el pueblo dos o tres días para gozar de la misión, tomando después el camino de

regreso. ¿Y la colecta de limosnas? A este argumento dedicaba uno de sus sermones, y en los días siguientes se apresuraban a llevar sus ofertas no sólo con espontaneidad y alegría de corazón, sino aun a costa de grandes sacrificios, tal vez hasta pidiendo préstamos o vendiendo algún objeto para tener, decían, el placer y el consuelo de dar. Y no era éste el espectáculo de un solo pueblo o de una sola ciudad, sino de toda la Nación, pues en sus once años de permanencia en México, lo recorrió todo. Por doquiera encontraba el mismo entusiasmo por la palabra de Dios, la misma generosidad en practicarla. Y esta constatación hecha por el padre Piperni, la documenta con episodios conmovedores y aún curiosos.

### **Sed de Dios.**

Aquellas pobres poblaciones, afligidas por la gran penuria de sacerdotes, sentían una ardiente sed de espiritualidad, y cuando supieron que un religioso piadoso y lleno de celo venía al encuentro de su necesidad, corrían a recibirlo a varias millas de la ciudad. Con gran fervor lo acompañaban a la iglesia, y en ella se quedaban, después del sermón, hasta tarda noche con tal de confesarse.

Lo más difícil para el padre Piperni era dejar la iglesia, una vez terminada su misión.

El mismo pueblo cercaba la casa parroquial y se establecían turnos de guardia en derredor del poblado, para no dejarlo partir. De modo que debía prometer que se quedaría en la parroquia, y después, pasados tres o cuatro días, una vez que la vigilancia se disolvía, retirarse cautelosamente, en la obscuridad de la noche, con su pequeña valija, hasta encontrar a varios kilómetros del pueblo, a alguna persona que, de acuerdo con él lo esperaba con algún medio de transporte, para encaminarlo a otra misión.

### **¡Mi pobre vaca!**

Un día, durante una de sus misiones, se encontraba en el confesonario, atendiendo a una buena viejecita que, después de recibir la absolución, se puso a sollozar clamorosamente.

—¿Qué es lo que os apena, buena señora, ahora que el Señor ya os ha perdonado? —le pregunta con afabilidad el padre Piperni.

—¡Oh! ¡Mi vaca! ¡Mi pobre vaca!, —exclamó

la pobre anciana, deteniendo a duras penas el llanto.

—¿Y qué tiene que ver ahora su vaca?

La anciana explicó el doloroso rebus. Tenía una vaca en la cual consistía toda su riqueza, y, al partir para la misión, le había atado a un árbol, cerca de su casa. Mas, apenas llegada al pueblo donde esperaba encontrar al misionero, se dió cuenta de que la misión había ya concluído y el sacerdote había partido para otro pueblo. Se marchó entonces hacia el pueblo que le indicaron como sede de la próxima misión, olvidándose por completo de su vaca. Quiso la desgracia que también allí llegara con retraso, cuando el padre Piperni, cumplido su cometido había ya partido para otra región.

Por fin la pobre viejecilla lo había alcanzado en aquella tercera etapa, mas, no bien hubo puesto en orden los asuntos de su alma, acudió a su memoria el recuerdo de su vaquita, que había quedado sola y en ayunas durante tres semanas.

—¡Habrá muerto ya de hambre!, —gemía la pobrecilla, y sólo se calmó cuando el sacerdote le dijo:

—No tema, pobre señora. Ud. ha pensado en

el Señor, y estoy seguro de que el Señor debe haber pensado en Ud., inspirando a alguno de sus vecinos que diese de comer a su vaca. ¡Vaya Ud. en paz!

—¡No he encontrado fe semejante en Israel! —concluía el padre Piperni cada vez que narraba episodios semejantes.

Los cuales, si bien son explicables por la sed de Dios que atormenta a las almas buenas, se comprenden aun mejor al pensar en la rara eficacia que en boca de nuestro piadoso sacerdote cobraba la palabra divina.

En efecto, todos los que lo conocieron, están concordes en reconocer que era un predicador extraordinario. Tenía el don de tocar los corazones y de mover a las lágrimas. Y no debe creerse que éste era un don meramente natural. El, aun llegado a edad avanzada, ponía tan meticoloso esmero en preparar sus pláticas, que siempre las escribía, después de haber meditado y orado largo rato. Entre sus papeles se encontraron unos seis mil manuscritos de este género, sin contar los que una mano incauta, al revisar con ligereza su correspondencia, envió al fuego. Si de esta manera procedía cuando estaba ya seguro del idioma, con tanto mayor esmero se cuidaba de la preparación estilística de sus

discursos en los primeros contactos con idiomas que aun no conocía.

Entretanto continuaba con creciente ritmo, en la lozana mies, su cosecha de bien.

En Mérida, capital del estado de Yucatán, debía predicar en una iglesia, a las cinco de la tarde, una misión: la misma tarde debía subir de nuevo al púlpito para predicar, en otra iglesia, la novena de la Inmaculada Concepción, y una multitud inmensa asistió a una y otra pláticas. En la pequeña ciudad de Alamos, en el estado de Sonora, predicó toda la Cuaresma, edificado por la piedad de aquella buena población.





## NUBES SECTARIAS

Contratiempos y contradicciones no le faltaron. Predicaba, durante el mes de octubre, en la ciudad de Jalapa, capital del Estado de Veracruz; concurría por la tarde, al sermón, un número extraordinario más de hombres que de mujeres. Esto chocaba a la Masonería que en aquella ciudad era muy poderosa. La secta enviaba agentes de policía a las puertas de la iglesia, con orden de detener a los hombres y exigir a cada uno una tarjeta en que constaba el pago del impuesto "per capita" que todos debían pagar mes por mes; y los **ciudadanos** estaban obligados a llevar siempre consigo aquel documento, para mostrarlo a los agentes,

al ser interrogados por éstos. Y el que era sorprendido sin haberlo pagado, era conducido a la prisión. Con esta estratagema pensaban impedir la asistencia de los hombres a los sermones. No lo lograron, y el misionero ignoraba cuanto en torno suyo acontecía. Pero los sectarios temblaban de rabia.

Una mañana, mientras estaba sentado en un confesonario, se le acerca un empleado de la comisaría y le intima a que se presente al Jefe de la policía. Termina de confesar, y después, en compañía del comisario, se presenta en el cuartel de la policía. —Estoy a su órdenes, señor— dice el padre Piperni.

Bien —responde el Jefe— ¡ayer por la tarde Ud. predicó contra el Gobierno criticando sus actos!

—Señor —respondió el padre— en tantos años que doy misiones en esta noble Nación, jamás he atacado las leyes locales desde el púlpito porque no es ese el fin de mi predicación. Yo, ayer por la tarde, prediqué sobre el Infierno. Niego que haya atacado las leyes civiles locales, tengo por testigo a todo el pueblo; que se presente delante de mí el acusador.

No se llegó a encontrar un solo acusador por más búsquedas que se hicieron. El Jefe, avergonza-

do, no sabía que hacer ni qué decir, se contentó con recomendarle prudencia y lo dejó partir. Al pasar por los corredores del ayuntamiento, grupos de gente se apresuraron a congratularse con el sacerdote, yendo en su seguimiento. Pero no paró allí la cosa. Continuó predicando aquella tarde, y fué la última. Al día siguiente lo llaman al obispado, donde se le refiere que en la junta de los masones habían decidido arrestarlo como agitador del pueblo y secuestrarle las limosnas recogidas. ¡Bonito enredo! El obispo le dijo:

—Querido Padre, la mejor solución para Ud. consiste en tomar a escondidas el primer tren que parte muy de mañana, y ponerse a salvo. Le dió las gracias por todo. Durante la noche se alistó para el viaje de incógnito; depositó en la secretaría de la Curia algunos millares de escudos, precisamente lo que engolosinaba a los masones, con las necesarias indicaciones de lugar y persona a quien enviar el dinero, y partió antes del amanecer, no sin cierto miedo de ser arrestado por orden telegráfica en alguna estación. A las ocho de la mañana se encontraba ya al seguro, fuera del Estado. Dos días más tarde supo por una carte que efectivamente aquella misma mañana lo habían ido a arrestar y quedaron defraudados. Aun más tarde la secta buscó el modo de dar análogos golpes de mano

para apoderarse del dinero por él recolectado, pero nunca llegó esto a pasar los límites de un malvado deseo.

El dinero que recogía el padre Piperni, tomaba enseguida el camino de Belén. Llevaba consigo recomendaciones de los bancos de la ciudad de México para las casas comerciales de los pueblos por donde pasaba: en dichas casas depositaban el dinero y ellas le daban recibos que enviaba al Banco de México de donde el dinero partía inmediatamente para Belén, en la cantidad de uno o dos mil pesos semanales.

### Punto y.....aparte.

"Si os expulsan de una región, pasad a otra" decía Jesús a sus Apóstoles, y el padre Piperni se adaptaba a los prácticos consejos del Evangelio.

Pasó a otros estados de esta república, prosiguiendo con redoblada energía aquel trabajo de apostolado que le había dado tantas nobles satisfacciones en las misiones mexicanas.

Predicaba sin tregua, por diez meses al año, sobrellevando fatigas increíbles, recorriendo a caballo, bajo un sol ecuatorial, kilómetros y kilómetros,

y pasando en el confesonario, entre día y noche, un promedio de doce horas al día por lo menos.

Su vigor físico lo ayudaba a sostener sin enfermarse tales fatigas pero el calor asfixiante de esos climas tropicales llegaron un día a producir sus consecuencias; fué una gracia muy especial del Señor si también esta vez pudo salir con bien.

Se encontraba en el Estado de Durango, y había llegado a un pueblecito llamado Napa para dar una de sus acostumbradas misiones. Llegaba ya ésta felizmente a su fin, cuando una tarde, después de largas horas transcurridas en el confesonario de la iglesia, viciada de fétidas miasmas —¡se hallaban en pleno mes de Julio!— El padre Piperni sintió un zumbido extraño en la cabeza, seguido de mareos, náuseas, vómitos.... y fiebre: ¡una fiebre altísima! ¡era tifo!

El pobre misionero se sintió desahuciado. ¡Lejos de los médicos, enfermo de esa manera, en casa de un humilde sacerdote de campo! Fué atendido con suma amabilidad, pero su fin parecía inminente. Pidió la extremaunción, dispuso las cosas para el gran viaje, completamente dispuesto, en su corazón, para presentarse al patrón de la mies sobre el campo glorioso de la siega, cuando..., las

oraciones del pueblo que él tan heroicamente había beneficiado, arrancaron de Dios, la gracia de la curación, y el padre Piperni, pasada la borrasca, se puso otra vez en pie, pronto para renovar el trabajo interrumpido.

### Batallas por escrito.

Mientras atendía a la evangelización de las almas, no olvidaba sin embargo a los huérfanos del Padre Belloni, en pro de los cuales se había hecho mendigo. No siéndole posible, como habría deseado, estar presente en todos los centros de la vasta República Mexicana, en los pocos momentos libres que tenía tomaba la pluma, y escribía circulares y artículos para la prensa que después repartía por todo México, con el fin de dar a conocer la Obra de la Sagrada Familia, su fin, sus necesidades y la urgencia que tenía de ser sostenida, apelando a la generosidad de las almas buenas.

La difusión de más de dos mil copias de circulares, alcanzó sus efectos, a juzgar, no sólo por la respuesta práctica que recibió de la caridad del pueblo, sino, sobre todo, por la que recibió de parte de la crítica y hasta de las calumnias, de que fué objeto.

La crítica seria, que es la más peligrosa, se dejó sentir muy pronto en una publicación de cierto religioso de mucha ciencia y virtud, que, al editar un libro acerca de la Tierra Santa, que él había visitado, presentó como inútiles y hasta dañosas para la causa católica en Palestina, las colectas tendientes a juntar dinero para una obra cuya finalidad no era muy clara, y cuya necesidad no era tan patente. El renombre y la autoridad del escritor, reputado por todos, como en realidad lo era, un santo varón, alarmaron a nuestro misionero, quien, después de haberse aconsejado con varias personalidades, se puso a escribir la **"Apología de la Obra de la Sagrada Familia"** que en muy poco tiempo llevó a término.

Y aquellas páginas, escritas con serenidad y nobleza de lenguaje, pero con argumentos claros, desmintieron todas las falsedades antes publicadas, dando a conocer los documentos de la Congregación de la Propagación de la Fe, y las cartas de recomendación del Patriarca de Jerusalén, Mons. Bracco, extendidas al Padre Belloni y al mismo que escribía. El cuadro de las condiciones religiosas de Palestina quedaba trazado con mano segura, y de él resultaba evidente la necesidad de una obra como la que injustamente había sido atacada, y quedaban puestos en luz los esfuerzos del piadoso

fundador de la Obra en pro de los huérfanos de la patria de Jesús, el consolador desarrollo que la caridad cristiana había permitido llevar a cabo, los proyectos para el porvenir, que, de disminuir la ayuda de parte de las almas generosas, se paralizarían. Tales eran por lo demás, los temas que el padre Piperni acostumbraba desarrollar sobre el púlpito o sobre la prensa, y no se podía decir, como lo afirmaba el autor del libro mencionado, que el público mejicano hubiese sido engañado sobre el fin de las limosnas que ya desde hacía doce años, estaba organizando, por toda la América, el mendigo de Tierra Santa.

Una vez escrita la Apología, el padre Piperni, imprimió millares de copias, que difundió a los cuatro vientos, enviándola, antes que a nadie, a su propio acusador, el cual, como hombre piadoso y justo que era, reconoció el fundamento de los argumentos, deplorando más tarde, haber escrito sobre este tema sin un conocimiento adecuado de los hechos.

Pero si bien fué leal y recto el comportamiento del docto adversario del Padre Piperni, no se puede decir lo mismo del autor de un libelo calumniador, entregado a la imprenta para sostener las antiguas acusaciones, rebajando el tono de la po-

lémica a vulgares insultos y a insinuaciones de carácter personal contra el autor de la Apología.

### Como el Padre Cristóbal.....

El padre Piperni tenía un carácter parecido al Padre Cristóbal, personaje de la famosa obra de Alejandro Manzoni. Intrépido adalid de la verdad y de las causas justas, combatía frente a armas descubiertas y leales, pero frente a vulgaridades e injurias, bajaba la cabeza, afligido, pero silencioso.

No callaron, sin embargo, los amigos y admiradores con que ya contaba en todo rango de la sociedad. Uno de éstos, el padre Gabino Chávez de la ciudad de Irapuato, sacerdote muy respetable, docto y estimado respondió por su cuenta al innoble ataque, y su opúsculo en defensa del padre Piperni y de la obra de Tierra Santa, cerró de una manera decisiva la fastidiosa polémica.

—(o)—

## ¡Adiós, México generoso!...

Habían transcurrido entretanto once años, desde que el mendigo de los huérfanos de Belén, había llegado a México.

El cansancio producido por aquella vida laboriosa, el fruto abundante recogido poco a poco en las distintas colectas, y el deseo de contemplar personalmente el desarrollo de la Obra producido por las ofertas enviadas mensualmente al padre Belloni, insinuó en el misionero, el pensamiento del regreso.

Publicó, en el diario católico "**El Tiempo**" su conmovido adiós a la generosa tierra que con tanta generosidad había correspondido a sus esperanzas. Con cálidas frases expresaba su reconocimiento al Episcopado, al clero, y al pueblo de todas las condiciones sociales, asegurando conmovido, que conservaría indeleble su recuerdo, y concluía: ¡Adiós, adiós, México generoso!"

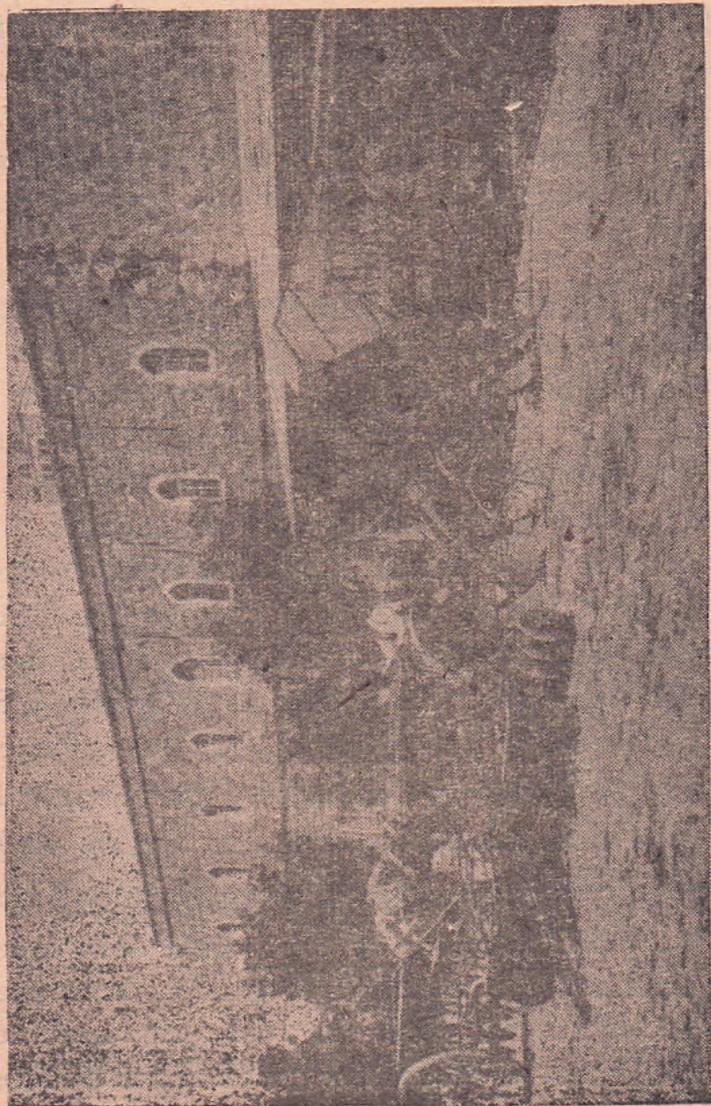
¡Adiós! Si hubiese podido leer en el gran libro del porvenir, no habría escrito "¡adiós!" sino: "hasta la vista".



## BAJO LA BANDERA DE DON BOSCO.

El padre Piperni partió de México el 28 de Abril de 1890. Dos meses más tarde llegaba a Belén, recibido con conmovida alegría por el padre Belloni y por la familia de los huérfanos, que había dejado trece años antes, es decir, en febrero de 1877.

El primer pensamiento de la "Obra de la Sagrada Familia" fué para agradecer al Señor por la visible asistencia que se había manifestado sobre la actividad del mendigo de los huérfanos durante su largo viaje, y el devoto entusiasmo de la gratitud general fué sancionado con un solemne "Te



Escuela de agricultura fundada por el Cango, Belloni con las  
ofertas enviadas por el P. Piperni,

Deum" en la capilla del colegio. El padre Piperni tuvo el consuelo de ver el fruto de sus colectas traducido en el consolador desarrollo de la obra que en tan preocupantes estrecheces había él dejado. Ya desde 1878 el padre Belloni había podido inaugurar en Beitgemal una Escuela Agrícola, confiando su dirección a un sacerdote que le llegó de Italia.

En 1885 los jovencitos que gozaban de su caridad eran ochenta en Belén y cincuenta y seis en Beitgemal. En Belén se había abierto además un externado que contaba con ciento cincuenta alumnos. En el año 1886 había conseguido permiso para edificar una iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, que debía levantarse como complemento de la Obra de Belén. El mismo año había inaugurado en Cremisan una tercera casa, destinada a los aspirantes y novicios de la Sagrada Familia. Todo esto se había podido llevar a cabo con los medios enviados por el padre Piperni, pero las dificultades financieras no eran las únicas ni las más graves que preocupaban al venerando fundador de la Obra. Con el desarrollo de ésta crecía la necesidad de un personal adaptado, cuya escasez amenazaba con paralizar toda la institución. A esta laguna se juntaban las hostilidades e incom-

preensiones provenientes en su mayor parte del cambio de prelado en el Patriarcado latino, donde, a Monseñor Bracco, fervoroso amigo del padre Belloni, lo había sustituido el patriarca Piavi, franciscano, obispo de gran piedad y celo, pero necesariamente preocupado por las voces que le presentaban la Obra de la Sagrada Familia como causa de desvío y dispersión para las ofertas destinadas por el mundo católico, a las Obras que sostenían los franciscanos en Tierra Santa, como custodios de los Lugares Sagrados.

Preocupado por el porvenir de su Obra, el celoso fundador había visto, desde hacía ya tiempo, que el único remedio para garantizar su vitalidad, consistía en confiarla a Don Bosco, quien era el único capaz de proveerla de personal e incrementar su desarrollo, haciéndole frente a los enemigos de la obra, aun, y sobre todo, después de la muerte del fundador.

A fines de 1875 el padre Belloni que, siguiendo el desarrollo de las obras de Don Bosco, estudiaba su espíritu, y hacía por introducirlo entre los suyos, había hablado al santo del asunto, pero aquél le dijo que no podía condescender a su deseo por falta de personal. Volviendo a la carga doce años después, Don Bosco le dijo: "Ahora no: más tarde sí."

Aquel "más tarde" debía verificarse después de la muerte del santo.

En agosto de 1890, el canónigo Belloni hizo en forma confidencial, pero por escrito, a don Rúa la propuesta de incorporar su Obra a la Sociedad Salesiana, cediendo a ésta todas sus propiedades: le decía que en esto estaba de acuerdo con sus principales colaboradores, y le anunciaba que pronto llegaría a Europa. Propuesto el asunto al Capítulo Superior, se le respondió que por lo pronto se asentía a su propuesta de una manera general, quedando en espera de su presencia, para llegar a una deliberación definitiva. Llegó a Turín en Octubre, y admitido a una reunión del Capítulo Superior, presentó una solicitud formal de fusión, especificando cada una de las fases de la obra que entendía ceder; el Capítulo aceptó. Don Durando recibió el encargo de formular por escrito las condiciones del pacto que debían presentarse a la Congregación de la Propagación de la Fe. El texto, que se leyó tres días después en el Capítulo, en presencia del Padre Belloni, obtuvo la aprobación de ambas partes. Entretanto se creyó oportuno mandar a Palestina al padre Barberis, en calidad de visitador. Entonces el padre Belloni, se dirigió a Roma, donde, en audiencia privada con León XIII, le expuso su plan. El Papa lo aprobó, le

dijo que se entendiera con la Congregación de la Propagación de la Fe e hizo que le dieran siete mil liras para sus huérfanos.

En dicha Congregación, el Cardenal Prefecto, que era entonces el Exmmo. Sr. Simeoni, puso como condición que el Patriarca de Jerusalén no tuviese nada que oponer. El padre Belloni, enterado de que Mons. Piavi estaba en Roma, se dirigió a visitarlo para pedirle su beneplácito, que el Patriarca le dió no sólo de viva voz, sino también por escrito.

Una vez presentado este documento, el asunto se resolvió con tal rapidez que el 9 de Noviembre estaba listo el decreto. No se piense sin embargo que haya sido tan rápida su aplicación práctica. ¡Costó dolores! Se llegó a tal punto que un día el Capítulo Superior, no obstante la publicidad mundial que había alcanzado el ingreso de los Salesianos en Tierra Santa, tomó la deliberación de renunciar a la empresa.

### **Fecha histórica.**

En enero de 1891, el canónigo Belloni, que, dejando al padre Piperni al frente de su Obra, había

vuelto a recorrer Europa en busca de subsidios, escribió a Turín, pidiendo que junto con el visitador mandaran dos salesianos para que se establecieran en seguida en Belén. El Capítulo acogió benignamente la petición, y a fines de Mayo zarpó de Marsella el padre Barberis, junto con dos salesianos: el padre Useo, encargado de la administración general, y el padre Corradini.

Desembarcaron en Jafa, la mañana del 15 de Junio. En Qoluniah, que se encuentra a tres horas de camino de Belén, fueron recibidos por las más encumbradas personalidades de Belén; más adelante, a una hora de la ciudad estaban formados los alumnos, alrededor de unos trescientos entre internos y externos. A medida que se iban acercando a Belén, aumentaba la multitud que prorrumpía en gritos de viva. El padre Piperni, encargado de aquella afectuosa demostración llamó a aquel 15 de Junio, fecha de un acontecimiento muy grande en los anales de la Obra de la Sagrada Familia.

Más tarde, en el artículo que publicó en "El Tiempo" de México, así se expresaba: "Fué aquel un día de verdadera alegría para cuantos conocen a los Salesianos, la sublime misión que desempeñan en el mundo, y las necesidades de la Pa-

lestina". Concluía con esta observación: "Con la fusión de las dos familias, la obra de Belén ha obtenido algo de mucha mayor importancia: ¡su perpetuidad! ¡Cuántas obras decaen y aun desaparecen de la faz de la tierra con la muerte de su fundador! ¡Cuántas pierden, por lo menos, el fin primero para que fueron establecidas! ¡Ahora en cambio nuestro Obra, que tantos sacrificios ha costado a su fundador y a sus bienhechores, tanto de Europa como de México, la Obra de la Sagrada Familia de Belén, vivirá tantos como el mundo, al modo de las instituciones dirigidas por congregaciones religiosas aprobadas por la Iglesia, cual es la de los Salesianos; y ésta será una vida fecunda en bienes, pues ya se sabe que donde la Iglesia pone su sello, brotan fuentes de salud y prosperidad".

Sin embargo no todos los miembros de la Obra vieron con buena cara la novedad de la agregación a los Salesianos. El padre Belloni había puesto al corriente de las negociaciones sólo a los colaboradores más activos y de confianza: en cuanto a los otros, quien acogía la noticia de buena gana, y quien no. Así, algunos sacerdotes colaboradores, se retiraron enrolándose en el clero del Patriarca-

do, y del mismo modo se alejaron varios laicos que se llamaban Hermanos de la Sagrada Familia. No obstante los mejores de éstos, hecho de nuevo el noviciado, emitieron la profesión y entre ellos, algunos llegaron después a ser sacerdotes, como el padre Juan Belloni, sobrino del Padre Antonio.

El día 8 de Octubre de 1891, llegaron a Belén cuatro clérigos, entre los cuales se hallaba el padre Mezzacasa, tres coadjutores, y cinco Hijas de María Auxiliadora. Otros dieciséis salesianos, llegaron, con el padre Varaia a la cabeza, el 19 de Diciembre. De ellos seis eran clérigos, entre los cuales estaban Gatti, Puddu y Rosin, y los otros nueve eran coadjutores.

1—

---

(1) De ellos el Padre Gatti llegó a ser un autorizado arabista y preparó un diccionario árabe-italiano que la muerte no le permitió acabar, pero que dejó muy adelantado, pues ya tenía recogidas todas las voces. A su sistematización definitiva atiende en la actualidad el padre Giannini. El P. Mezzacasa se perfeccionó no sólo en el árabe, sino también en el hebreo, en el siríaco y en el copto, de lo cual dió prueba al ser el primer italiano que se doctoró en Sagrada Escritura delante de la Comisión Bíblica nombrada por León XII. El P. Puddu llegó a ser Inspector, y fué más tarde llamado a desempeñar el cargo de Secretario General del Capítulo Superior.

Fué una sabia decisión la de enviar clérigos jóvenes, para que, al par que cursaban sus estudios, aprendieran bien, en el propio lugar, el árabe.

De los coadjutores, cuatro eran hábiles maestros de arte. El Sr. Arrobio hizo adelantar tanto su escuela de sastrería, que las personas más renombradas de la ciudad lo honraban de buena gana confiándole la confección de su ropa. Las Hijas de María Auxiliadora sustituyeron a ciertas Hijas de María que habían ayudado al padre Belloni en la ropería y en la cocina: desde allí, cuando creció su número, desarrollaron mucho su obra educativa en el Oriente.

### **24 de Mayo de 1892. Rosas y espinas.**

La fiesta de María Auxiliadora fué celebrada por primera vez en Tierra Santa con un acontecimiento de gran interés e importancia. En aquella ocasión fué inaugurado, en efecto, el nuevo templo del Sagrado Corazón, anejo a la Obra de Belén. Bendecido el día anterior, vió, desde las primeras horas de la solemnidad mariana, una entusiasta muchedumbre de devotos que acudían a

las funciones sagradas, que se desarrollaban con gran decoro y solemnidad.

Pero las rosas no estaban privadas de espinas: de los mismos ambientes de donde habían surgido hasta ese día dificultades en contra de la actividad del Padre Belloni, cundieron las más absurdas y calumniosas mentiras acerca de la nueva iglesia: insinuaban que no era propiamente católica, que no eran válidos los sacramentos que allí se administraban, y que desde el púlpito se enseñaban herejías.

¡Cuántas congojas para los Salesianos! ¡Cuántas quejas de parte de las Autoridades Eclesiásticas superiores! Por fortuna el buen sentido del pueblo hizo justicia sobre proceder tan corto de vista.

Los salesianos, entretanto, no nadaban precisamente en la abundancia: es más, se hallaban en grandes apuro financieros a causa de las crecidas deudas que pesaban sobre la obra. Sin los socorros reiterados y considerables recibidos de la Casa Madre, no habría sido posible permanecer allí mucho tiempo. Además, algunos sujetos del régimen anterior, a duras penas mordían el freno, turbando la paz doméstica. Y sobre todo, quedaban todavía varias controversias con el Patriarcado.



El Cango. Belloni fundador de la Sagrada Familia.

Para arreglar todo, Don Rúa envió a Belén al padre Durando, quien llegó el día 23 de Julio de 1892. Dotado de calma imperturbable era precisamente el hombre que se necesitaba.

A su llegada fué saludado con alegría, como representante de Don Rúa, por el padre Belloni y por todos los hermanos. Se apresuró a presentarse al Patriarca para obsequiarlo, y éste, a quemarropa, y no ciertamente por broma, le preguntó: —¿Habéis venido para retirar a los Salesianos de Palestina?

—¡Veremos! ¡Veremos! — respondió tranquilamente. Pero el padre Belloni que lo acompañaba interrumpió: Si los Salesianos parten de Palestina, partiré también yo con ellos.

Esto equivalía a decir que los orfanatos no tendrían ya quien los cuidase. La antífona produjo inmediatamente su efecto.

¿Quién habría tolerado, en efecto, la partida del canónigo Belloni, excepción hecha de aquellos pocos mal intencionados? Y si los Salesianos habían de permanecer, ¿cómo no tendrían que llegar a un acuerdo benévolo?

El acuerdo, de parte de los Salesianos, se redujo al compromiso de continuar regentando las varias secciones de la Obra del Padre Belloni y a la promesa de tener siempre entre los asilados, no menos de veinte huérfanos del Patriarcado latino de Jerusalén. Como epílogo vino más tarde al padre Belloni la orden de restituir las insignias de canónigo que le había conferido Mons. Valerga. Cosa que él ejecutó en manos de dos enviados, que se mostraron menos corteses al pedir las de lo tranquilo y sereno que se mostró el padre Belloni al entregarlas.

El padre Durando, con su dulzura y prudencia, devolvió a la familia la paz turbada por los que se adaptaban con dificultad al cambio llevado a cabo. Escuchó individualmente a cada uno, al terminar los Ejercicios espirituales les dió las instrucciones que juzgó oportunas y tomó las precauciones necesarias, haciendo partir para Europa a los perturbadores del orden. Arregladas todas las cosas, regresó a Turín, donde dió cuenta de su misión.

1

## El padre Belloni Salesiano.

Durante los meses de estío del 1893, tuvieron una tercera visita que podríamos llamar de constatación. La llevó a cabo el padre Marengo, quien predicó los Ejercicios. En sus manos emitió el padre Belloni los votos perpetuos, con toda la solemnidad requerida por las Reglas. El nuevo Salesiano fué dejado como director de la casa de Belén, ocupándose sin embargo de las necesidades de las otras dos casas; aun más, continuó siendo el superior delegado de ellas y el centro de partida para los pagos, y siguió mandando en su nombre las circulares para pedir socorros. Mas en 1902, atormentado por la diabetes pidió a don Rúa y éste se lo concedió, el favor de ser dejado en reposo. Consignó entonces todo al padre Nai, primer Superior de la Inspectoría denominada Oriental. Para tal oficio había sido designado por don Rúa, según indicaciones del mismo Padre Belloni quien lo tenía en gran estima. (2).

---

(2) Anales de la Sociedad Salesiana, vol. II.

## ¿Y el padre Piperni?

Nuestro querido padre Piperni, vivió los importantes acontecimientos que hemos descrito con su espíritu y su corazón unido a su venerado padre

Belloni. Como hemos visto, se mantuvo en solidaridad con él, desde la primera conferencia que le hizo sobre su propósito de fundir su obra con la de Don Bosco. De él escribía el padre Belmonte al padre Durando en Agosto de 1892: 'El padre Piperni siente crecer de día en día en su corazón la maravilla al observar la marcha de la Congregación, y los rasgos de la Divina Providencia. El parece exactamente uno de nosotros, y obra como si siempre hubiera vivido entre nosotros. ¡Qué bueno es!

En aquel tiempo, el Padre Piperni, habiendo venido a Turín, había tomado ya la decisión de seguir el ejemplo del padre Belloni, haciéndose salesiano. Había tenido antes, sin embargo, un período de incertidumbre, originado por la necesidad que sentía de retirarse a una vida menos agitada y disipada de la que hasta entonces le había tocado llevar, viajando por el mundo, aunque lo hiciera buscando sólo la gloria de Dios.

Había partido de Palestina al principio de aquel año, separándose con gran emoción de la Obra que tanto amaba, y por la que tanto había trabajado.

El Patriarca al despedirlo le había extendido una recomendación en la que decía de él: "Optimus moribus praeclarisque virtutibus ornatum, nec non zelo animarum et fidei professione valde commendabilem". "De óptimas costumbres y adornado de las virtudes más excelentes, así como muy recomendable por su celo en pro de las almas y por su vida de fe".

Ya decidido a entrar en una Congregación de vida austera, escribió repetidas veces al Superior de una de ellas, pidiéndole informaciones, mas, al no recibir contestación, cuando regresó a Roma, a su retorno definitivo de la Palestina, pensó ir personalmente a la Casa Generalicia de la Orden en que había pensado alistarse.

Lo hicieron esperar por mucho tiempo en la antecámara del Padre General, y al momento de ser invitado a entrar, llega un Cardenal para confesarse.

El Padre General se excusa con el padre Piperini y lo deja, diciéndole que después lo atendería, y fué precisamente durante esa espera, cuando sintió en su interior una decisión imprevista y enérgica.

—Iré a Turín, y seguiré en todo al padre Belloni.

Y se fué inmediatamente, renunciando al coloquio que por tanto tiempo había esperado.



## INDICE



Alba Mensa e a.....	4
La Obra de la Sagrada Familia.....	13
El m n i go d T i e r a S a n t a.....	26
Del otro lado dei Atlántico.....	36
“Charitas Christi urget nos”.....	47
En México.....	56
Nubes Sectarias.....	66
Bajo la Bandera de Don Bosco.....	76









**LECTURAS CATOLICAS**

# **DON BOSCO**

**Publicación Mensual Recreativa y Moral**

Registrado como art. de 2a. clase en la Admón. de  
Correos de México, D. F., con fecha 22 de febrero  
de 1944.

Director responsable: Sr. Daniel Zurita.

Apartado Postal 927

Moneda 24.—México, D. F.



Subscripción al año	8.00 Moneda Nacional
Extranjero .....	1.25 Dollars
Número suelto ....	0.80 Moneda Nacional
Extranjero .....	0.20 Dollars